

El agua de nuestro costado

(Elogio de la sudestada)

Una gota de agua poderosa basta
para crear un mundo y para disolver la noche.
G. Bachelard

por **Claudia Bernazza**

EL AGUA POR ENCARGO

El agua nos acompaña desde los relatos del Diluvio Universal. Poderosa compañía de los hombres, que sigue dando que hablar.

Años atrás, una importante editorial francesa convocó a renombrados escritores de todo el mundo para que escribiesen una colección cuyo hilo conductor fuera los grandes ríos de la Tierra. Cada escritor convocado debía escribir acerca del río a orillas del cual había nacido. La editorial no puso otro tipo de condición.

Para hablar sobre el río de la Plata fue contratado Juan José Saer, quien, como hombre nacido a orillas del Paraná que es, se refirió a la cuenca del Plata en general. A su libro lo bautizó "El río sin orillas" y en el compiló anécdotas y decires del río más ancho del mundo, al que reconoció descubrir a medida que navegaba aguas abajo por el Paraná, el verdadero río de su niñez y de su imaginario. Dedicó un capítulo al color del agua que comparten, y a los nombres con que diversos poetas bautizaron ese tono indefinido.

¿Había algo bueno que decir de las aguas barrosas del Plata, de sus molestias, de sus puertos?

Saer lo intentó, aprovechando el encargo. Leo entre líneas: no fue una idea que se le ocurrió a él. Aventuro: a ninguno de nosotros nos entusiasma demasiado hablar de nuestro río.

Pero si un grupo editorial creyó oportuno hablar de grandes ríos, supongo que es por las historias que suelen guardar. ¿No fue Mark Twain, acaso, el que nos navegó por el Mississippi cientos de veces, aguas arriba y abajo, acompañando a un muchachito aventurero, a otro vagabundo, y a un esclavo prófugo? ¿No siguieron escribiendo sus aguas Faulkner y otros? Por el Amazonas navegaron miles de novelas de aventuras...

Pero nosotros nos sentimos lejos del agua que nos tocó en suerte. Una presencia, un miedo de sudestadas, que apenas nombramos.

LAS AGUAS BAJAN TURBIAS

A diferencia del Paraná, inspirador de canciones y leyendas, por donde se deslizó en un pequeño bote a la deriva el mejor cuento de Quiroga, el río de la Plata y el mar del Tuyú son casi una ausencia literaria.

El río, para los platenses, es un olor de barro y una invasión de mosquitos cada verano, y una discusión de peces muertos cada tanto. Punta Lara, orgulloso balneario décadas atrás, es hoy la molesta vergüenza de la ciudad perfecta. Berazategui, cuyas aguas reciben el desagüe cloacal de todo el Gran Buenos Aires, ya no recuerda las sombrillas del balneario de Plátanos, bajo las que se cobijaban frágiles y sedosas señoritas cuarenta años atrás. Hoy Plátanos recibe de Florencio Varela arroyos humeantes de ácido, los mismos que Guillermo Enrique Hudson recordara por sus aguas cristalinas en "Allá lejos y

hace tiempo...", y que ahora vuelcan su dudosa viscosidad en una orilla sin encanto ni visitantes.

El río recibe de parte nuestra más residuos tóxicos que literatura, lo disimula cuanto puede, y sigue recorriendo un particular olvido que lo tiene en cuenta sólo para los deshechos.

Como contrapartida, y ahondando una relación conflictiva, el río lame, con furia, con fuerza, sin escrúpulos, la costa todos los años, para recordarnos que está allí, a nuestro costado. El río no se contenta con su anchura, y debilita los pilotes y las tenues murallas. Pero qué extraño: sólo en esta orilla. Colonia de Sacramento luce orgullosa los fuertes y las casonas de otros siglos porque el río no la preocupa y la deja vivir tranquila. Las mínimas y pedregosas alturas uruguayas inclinan el río hacia aquí. Inclinan el limo y los juncuales y los camalotes hacia aquí.

Las aguas son una gigantesca, silenciosa, molesta presencia lateral. "Hay sudestada" guarda entre dientes un insulto, y el agua lo sabe. Porque la sudestada es, para nosotros, sinónimo de problemas: el agua pasa a estar donde no debe, los sauces apenas salvan su cabellera, y los hombres apenas salvan el pellejo: lo demás se lo lleva el agua, que inventa ríos sobre calles, y correntadas en las esquinas.

¿Las inundaciones no tendrán que ver con nuestra incapacidad de convivencia con el agua que nos tocó en suerte? En todo caso la culpa no es suya: es nuestra. Ella no puede cambiar, nosotros sí. Ella es incapaz de planificar sus furias, nosotros somos capaces de planificar nuestro hábitat con coherencia y para todos, aunque lo disimulemos muy bien.

Lo cierto y contundente es que, en cuanto podemos, vivimos como si el río no existiera: la pesca es una curiosidad, y los elogios y la escritura escasean.

LO QUE MATA ES LA HUMEDAD

Cada vez de gotitas minúsculas, de paraguas abriéndose como un papelón sobre nuestras cabezas, yéndose de nuestro control, cada vez de una humedad que mata, de una inundación, de un reuma imperturbable o de una alergia, nos nace espontáneamente el insulto.

Inmenso. Acuífero.

-¡Campo fiero y desamparao!- dije en voz alta.

lbamos por un pajal descolorido y duro que los caballos husmeaban despreciativamente, con algo de alarma. También yo sentía un presagio de hostilidad. -¡Campo bruto!

Y el insulto, propongo sin demasiado fundamento, es una forma de la escritura. Quizás no sea la más elegante ni la más académica. Pero es la nuestra, la que podemos. Una forma de nombrar lo que nos pasa.

Ricardo Güiraldes la aprovechó, y con artilugios propios del modernismo literario de su época, hurgó una belleza escurridiza: dos capítulos de Don Segundo Sombra cuentan nuestro conflicto con el paisaje desde el lugar de la literatura, buscando el orden, la belleza que podría explicar tanto olvido de Dios. Otros escritores, como Saer, siguen intentando desde el vacío heredado, darle palabras a este amor difícil.

Ya podíamos mirar para todos lados, sin divisar mas que una tierra baya y flaca, como azonzada por la fiebre...Para el lado de la mañana estaba el mar, que sólo la gente baqueana alcanzaba por entre los cangreiales...Bendito sea si me importaba algo de los detalles de aquella estancia, que parecía como tirada al olvido, sin poblaciones dignas de cristianos, sin alegría, sin gracia de Dios....

El fastidio sigue siendo el mismo. Nuestro. Húmedo. Pero alguien lo escribe, nos escribe, y el paisaje cambia. Le robo palabras a Bachelard y digo: lo que amamos por encima de todo en el paisaje es lo que de él pueda escribirse. Lo que no puede ser escrito, ¿merece ser vivido? Porque la literatura permite precisamente esto: entender un lugar, una molestia, una geografía. Quien escribe quizás no haga otra cosa mas que parir metáforas que ayuden a amar la sordidez de un espacio.

Misteriosa Buenos Aires nos conmueve y nos planta aquí, bajo nuestros mismísimos pies. En ese magnífico libro de Manuel Mujica Láinez, la portada de la edición más conocida es un dorado amanecer sobre el río. Si hasta parece hermoso.

Y allí, en el conflicto, en la depresión del Salado, en el río ancho, en el mar y los campos del Tuyú, la literatura nace débil, crece a los ponchazos, pero deja páginas imborrables.

Atrás de los junquillales vimos azulear una chapa de agua como de tres cuadras. Volaron bandurrias, teros reales y chajás. Parecían tener miedo y quedaron vichándonos desde el otro lado del charco. Sabían algo más que nosotros. ¿Qué? Garúa trotó dando un rodeo, seguida por Comadreja, y bajó hacia el agua. Nosotros quedamos a orillas del pajonal.

El barro negro que rodeaba el agua parecía como picado de viruelas. Miles de agujeritos se apretaban en manada unos contra otros. Unos pocos cangrejos paseaban de perfil, como huyendo de un peligro. Me pareció que el suelo debía de sufrir como animal embichado.

Ahá- dije- un cangrejal...

EL RIO. EL MAR. EL AGUA.

Nuestro río abre generosamente su boca para tragarse el mar, y allí se pierde. La costa continúa, baja y barrosa, mientras el horizonte se azula. Dónde se acaba exactamente el Plata, es asunto de geógrafos, a los simples mortales el cangrejal nos ahorra debates, y el río se desvanece mar sin preocupaciones limítrofes.

En Montevideo resolvieron el entuerto de manera sencilla: a las aguas de marrón contundente que cerca a los montevidianos la llaman mar. Y punto. Quién se los discute. De este lado el límite es un entretenimiento de cada temporada para los turistas del Tuyú: si sopla un viento estamos en el río, si sopla otro, aparece el mar.

De pronto, una franja azul entre las pendientes de dos médanos. Y repechamos la última cuesta. De abajo para arriba, surgía algo así como un doble cielo, más oscuro, que vino a asentarse en espuma blanca a poca distancia de donde estábamos.

Llegaba tan alto aquella pampa azul y lisa que no podía convencerme de que fuera agua...

Pero río o mar, la anchura, la desolación es la misma. Agua de nuestro costado. Llanura sin encanto. Viento. Nada que decir, nada que escribir, nada que valga la pena en los bajos del Samborombón. ¿O sí?

...Sentí que la soledad me corría por el espinazo, como un chorrito de agua. La noche nos perdió en la oscuridad.

Me dije que no éramos nadie...

No podía dejar yo de pensar en los cangrejales. La pampa debía sufrir por ese lado

...

Miré para arriba. Otro cangrejal, pero de luces.

Ellos están allí. Humedad, pampa magra, agua, cangrejales. Y si casi siempre fastidian, al menos alguna vez nos habremos emocionado por lo que alguien escribió, pensó de ellos, y eso nos ayuda a entender que son parte nuestra. Lo escrito los alumbró, los hace

posibles, digeribles. Quien los escribe nos regresa despacio, serenamente, al agua que nos tocó en suerte, útero gigante y desconocido. Nuestra negación podría ser un festín para los sicólogos. Mientras tanto las palabras son tozudos significantes ganándose una dura batalla a conflictivos significados. Para eso está ella, la literatura. Que hoy me permite este elogio de la sudestada.

(Los textos de este artículo fueron extraídos de los capítulos 15 y 16 de Don Segundo Sombra)

EL DÍA de La Plata, domingo 23 de octubre de 1994.